

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 57

25 cts.



El pequeño héroe

por Mildred Harris y Dan Marion

Biblioteca Ilusión

TRAFFIC IN HEARTS

El pequeño héroe

1924

Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por los jóvenes artistas
Mildred Harrys y Dan Marion

EXCLUSIVAS "FÉNIX"
R. Cataluña, 46 - Barcelona

REDACCION Y ADMINISTRACION
PARIS, 204 : BARCELONA

EL PEQUEÑO HÉROE

En una de las avenidas principales de la gigantesca Nueva York tenía su residencia el poderoso Juan Hamilton, en quien el genio de los negocios y de las grandes empresas financieras se había desarrollado con indudable detrimento de las cualidades y predisposiciones puramente afectivas. Ignorante de la animosidad de su padre contra el hombre elegido por su corazón, Alicia Hamilton se entregaba aquel día a la felicidad del amor que, desde la infancia, le uniera al arquitecto Roberto Plaker, que entusiasmado con su gran idea hacía a su amada partícipe de su entusiasmo diciéndole :

— Mi proyecto es convertir el departamento Sudeste, nido hoy de miseria y delincuencia, en una barriada laboriosa y urbanizada.

La loable idea de Roberto manifestaba, de un modo evidente, la nobleza de sus sentimientos, al querer convertir aquel foco de inmundicias y malhechores en un barrio sano, donde los honrados trabajadores encontraran un cómodo y seguro refugio durante sus horas de descanso. Pero, contra

este deseo, se oponían los sentimientos ambiciosos de Hamilton, que en vista de la rapidez con que el arquitecto llevaba a cabo el planeamiento de su obra, reunió a los principales accionistas de las fábricas que regentaba y después de exponerles el caso, terminó diciéndoles :

— Es necesario impedir a toda costa la realización de los proyectos de Roberto Plaker en el departamento Sudeste. Eso equivaldría a una ruina casi total de nuestra sociedad.

Y una vez todos de acuerdo con el maléfico plan que Hamilton pensaba desarrollar, para impedir que Plaker llevara a la realidad sus propósitos, dejaron a aquél solo en su despacho, donde momentos después se presentó Alicia, quien, queriendo hacer a su padre partícipe de la inmensa alegría que inundaba su corazón enamorado, se abrazó a él diciéndole :

— Querido papaíto : Vengo a comunicarte que Roberto Plaker quiere que colabore en sus proyectos, y desea, para ello, que nos casemos cuanto antes.

Ante el gesto demasiado expresivo de desagrado de su padre, la joven volvió a decir :

— Supongo que no tendrás ninguna objeción que hacer, puesto que conoces demasiado el amor que a Roberto y a mí nos une desde pequeños.

Hamilton se separó de los brazos de su hija, y sin que su cerebro, embotado por la fiebre

de los negocios, pudiera concebir la inmensa felicidad que representaba para un corazón enamorado el logro de sus deseos, repuso :

— Siento, hija mía, deshacer tus ilusiones, pero Roberto no es el marido que conviene a nuestros intereses. Mi amigo y consocio Staton me ha pedido tu mano para su hijo y se la he concedido.

Las palabras de su padre hirieron en lo más profundo el alma de Alicia, que decidida a defender su amor por Roberto contra todos y sobre todas las mezquinas ideas de intereses, de las que su corazón no sabía, ni podía comprender, exclamó exaltada :

— ¡Y tú crees muy justo sacrificarme para beneficiar tus negocios! ¿No es así?

— No es eso solamente — contestó Hamilton, tratando calmarla. — Además, Roberto se ha puesto frente a mí con su descabellado proyecto de urbanización del departamento Sudeste.

El amor es tan confiado, que tal vez por eso mismo suelen pintarlo ciego, y Alicia, en su ceguera amorosa, veía en aquel proyecto, que su padre llamaba descabellado, una verdadera obra de humanidad en la que, como un nuevo redentor, sobresalía la figura de su novio. Por primera vez en su vida se rebelaba contra la autoridad paterna, y exclamó, a la vez que salía del despacho :

— Siento manifestarte que, a pesar de todo, defenderé mi amor hasta última hora

y que me casaré con Roberto, o no me casaré con nadie.

No por eso Juan Hamilton desistió de sus planes destructores de la obra de Roberto, sino que, llamando a su secretario, le ordenó :

— Esté sobre aviso. Es necesario impedir, por todos los medios, de que los proyectos de Roberto Plaker se realicen. Eso traería como consecuencia la expropiación forzosa de todas nuestras fábricas y la ruina de nuestra sociedad. Recurra a todos los procedimientos para que las obras no comiencen. Cuente para ello con mi absoluta confianza.

Para la realización de su magna idea, Roberto había constituido una sociedad por acciones de la que formaba parte un verdadero ejército de pequeños capitalistas, que no habían dudado en confiar al joven arquitecto todos sus ahorros; y mientras que sus contrarios se preparaban para hacerle fracasar, Roberto llevaba al ánimo de todos sus socios la confianza en el éxito, diciéndoles :

— Todos los preparativos están ultimados y mañana mismo comenzarán los trabajos. Las dos terceras partes del capital inicial se han empleado en la adquisición de materiales y expropiaciones de edificios que serán derribados; pero aun hay que luchar con el interés de una sociedad poderosa, a la que no conviene la realización de nuestros proyectos. Tened confianza en mí y en vosotros mismos, y yo os aseguro que la victoria será nuestra.

Todos aquellos hombres que no habían dudado en entregar los pequeños ahorros que habían logrado reunir, después de varios años de rudo batallar con la vida, aplaudieron entusiasmados las palabras del inteligente joven y salieron de la reunión con el alma llena de un franco optimismo.

Entretanto, en otro barrio neoyorquino, entre el hacinamiento de casas misérrimas y calles intransitables, donde se hallaba instalada una caritativa institución dedicada al socorro de los necesitados, el pastor Clak, venerable anciano consagrado por entero a cumplir los fines benéficos de la institución, seguía ejerciendo su misericordiosa obra de dar de comer al hambriento, ayudado por una preciosa joven, llamada Pilar, a quien el pastor Clak recogió y convirtió en su más obediente colaboradora.

Pilar, ante el número tan crecido de mendigos que a diario acudían al benéfico establecimiento, se quejaba aquel día al pastor, diciéndole :

— Cada día hay mayor número de necesitados. Por poco nos quedamos hoy sin desayuno para nosotros.

— No temas cuando hagas la caridad — le repuso bondadosamente el venerable anciano.

— Acuérdate siempre del milagro del pan y de los peces que tantas veces te he referido.

Y cuando ya habían dado por terminada la tarea de aquella mañana, se presentó Cris-

tián, un arrapiezo, hermano de los gorriones, en cuanto a libertad, pero más desgraciado que ellos, porque nunca conoció las tibiezas del nido, y acercándose a la joven le dijo, a la vez que le mostraba un pobre perro que había recogido aterido de frío :

— ¿No ha quedado una tacita de café con leche para mí y otra para este pobre huérfano?

En la traviesa mirada del simpático chiquillo se reflejaba toda esa picardía propia del golfillo, pero en su fondo se adivinaba un destello de dulzura que hacía entrever, bajo los harapos con que cubría su cuerpecito helado, un alma propensa a albergar los más nobles sentimientos.

A pesar de sus travesuras, Cristián era, como vulgarmente se dice, el niño mimado de Pilar, y el muy tuno se aprovechaba de aquel cariño para obtener de la joven cuanto quería. No obstante, aquel día había llegado demasiado tarde y la muchacha le contestó señalando a su acompañante :

— Los huérfanos de cuatro patas no tienen derecho a disfrutar de los beneficios de esta institución. Si tú quieres desayuno, veré si ha quedado algo.

Estaba seguro Cristián de que su amiga no se habría olvidado de él, procurando guardarle su almuerzo antes de que se acabase, y cuando de nuevo se presentó la joven con el tazón de café y el trozo de pan, el simpático chiquillo, acariciando a su perro, le dijo :



Pero en cuanto Pilar volvió la espalda...

— Ya lo has oído, amigo. Tendrás que sacrificarte y ayunar para que yo coma. Pero en cuanto Pilar volvió las espaldas, partió con el animal su almuerzo, como dos buenos camaradas.

Al salir, leyó sobre el cepillo, colocado en la puerta, el letrero de

Limosnas para los huérfanitos

y buscando en sus bolsillos la única moneda que había recogido el día anterior, la depositó en él, exclamando :

— Quizá haya alguno más huérfano que

yo. A lo menos a mí me queda el padre Clak, Pilar, y este buen amigo que me acompaña.

* * *

A los pocos días de comenzar las obras de reconstrucción y saneamiento del departamento Sudeste, la poderosa influencia de Hamilton consiguió hacer fracasar los planes de Roberto Plaker, y todos los diarios publicaban la fatal noticia, diciendo :

Fracaso de la Sociedad reconstructora del departamento Sudeste

«Más de mil familias de pequeños industriales en la ruina...»

Y en casa de Hamilton, éste, después de leerle a su hija el suelto que publicaban los periódicos, le decía :

— Como no podía menos de suceder, Roberto ha fracasado en sus disparatados proyectos.

— Pero tú, papá, podías salvarlo de la ruina, puesto que te sobran medios y poder para ello — le suplicó Alicia. — Acuérdate, al menos, de que es amigo nuestro de la niñez, de que su padre fué tu mejor amigo.

— Roberto no es digno de mi protección ni de que tú la solicites en su nombre — resuso Hamilton, pensando únicamente en sus intereses. — El fracaso ha sido el resultado

de sus ambiciones desmedidas y esa ambición ha sido tan poderosa, que no le importó arrastrar a la ruina a la pobre gente que creyó en sus falsas promesas.

Era demasiado grande el amor que sentía Alicia por su novio, para que su corazón pudiera dar cabida a la infame acusación, y con el alma angustiada por un triste presentimiento, contestó :

— No creo a Roberto culpable. Pero, no obstante, quiero enterarme por mí misma e iré inmediatamente a su despacho.

Mientras tanto, en las oficinas de la fracasada empresa constructora, las iras, mal contenidas, de los pequeños capitalistas arruinados, hallaron una víctima propiciatoria en el que fué el más entusiasta colaborador de Roberto, quien, a viva fuerza, pudo penetrar en el despacho de éste y decirle :

— Todos los esfuerzos para salvar la situación han resultado inútiles ante el poder y la animadversión de los secuaces de Hamilton. Es inútil seguir luchando. No queda más que un camino y yo estoy dispuesto a seguirlo.

Roberto, con la cabeza entre las manos, no oía lo que su compañero le decía. El golpe había sido tan violento, que parecía inconsciente a la inmensidad de la tragedia que se cernía sobre su vida. Hasta él llegaban, en estrepitosa confusión, las amenazas de sus acreedores, que gritaban a la puerta de la oficina, pretendiendo entrar, y sin poderse

contener por más tiempo salió a contenerlos, diciéndoles :

— ¡Atrás!... ¿Qué es lo que pretendéis?

El ruido seco de un disparo sobrecogió por unos instantes el ánimo de los amotinados, y cuando, poco después, se presentó Alicia en las oficinas, un policía la detuvo diciéndole :

— No se puede entrar, señorita. El socio del señor Pláker acaba de suicidarse.

Convencida de la triste realidad, Alicia vió desmoronarse en un momento todo el químérico castillo de sus doradas ilusiones, y con el alma traspasada por el dolor del desengaño, volvió a su casa, para llorar a solas la perdida de aquel amor, que era para ella más que su propia vida.

Y cuando Roberto, buscando un consuelo en el amor de Alicia, se presentó en casa de ésta, una criada le entregó una carta de su señorita, que decía :

« Roberto : No quiero entrar en el examen de tu conducta. Pero debo tener la franqueza de declarar que dudo de ti y esta duda me obliga a renunciar a tu amor, aunque al hacerlo, destruya para siempre mi felicidad.

Adiós para siempre. ALICIA. »

Al terminar la lectura de aquella carta, Roberto quedó anonadado. Se veía despreciado por todos. La fatalidad se complacía en cerrarle todas las puertas, y hasta ella, la mujer adorada, en quien nunca pudo sospe-



*Procura no volver a acercarte a ella siquieres
conservar las narices*

char tal conducta, dudaba de la honradez de sus sentimientos y le abandonaba cuando más falta le hacía una palabra cariñosa que le hiciera recobrar sus antiguas energías y sobreponerse a su intenso dolor.

Sin saber adónde dirigirse salió a la calle, en el preciso instante que un chófer se le acercó solícito diciéndole :

— ¿Desea usted un taxi, caballero?
Como un autómata subió al coche, y a la pregunta del conductor respondió inconsciente:
— Llévame adonde quieras. Me da lo mismo.

Ensimismado en sus tristes pensamientos, no se dió cuenta de los lugares que recorría, hasta que de repente sintió un fuerte golpe en la cabeza y perdió en absoluto el conocimiento.

Cuando volvió a recobrarlo, se encontró tendido en la acera y a su lado se hallaba un pequeño arrapiezo, que procuraba reanimarlo.

Sus primeras palabras fueron para pronunciar el nombre adorado, y Cristián, que era precisamente el muchacho que estaba cerca de él, le dijo :

— Me parece que esa Alicia no debe andar cerca para escucharle. Lo mejor es que se venga conmigo.

Y el muchacho, llevado por sus buenos sentimientos, alojó a Roberto en su mísero cuchitril, acostándole en la única cama que en él había, mientras que él se echaba en el suelo, dispuesto a pasar allí la noche.

A la mañana siguiente, al despertarse Roberto, quedó extrañado de verse en aquel aposento completamente desconocido, pero poco a poco fueron aclarándose las ideas en su cerebro y comenzó a recordar, aunque muy confusamente, todo lo ocurrido el día anterior.

Miró hacia el sitio donde dormía Cristián, y éste, al verlo despierto, le preguntó :

— ¿Ha dormido usted bien o le ha parecido la cama demasiado dura?

— No me he dado cuenta en toda la noche,



También para Cristián había cambiado por completo su situación

ni sé lo que me ha pasado. ¿Podrías tú decírmelo? — le respondió Roberto.

Se levantó el caritativo chiquillo y sentándose en la cama comenzó a referirle todo lo que sabía, diciéndole :

— Empezaré por decirle que yo me llamo Cristián. Apellidos no tengo, porque sin duda a mis padres se les olvidó la formalidad de inscribirme en el Registro. Ayer, cuando pasaba yo con mi buen amigo que duerme ahí debajo de la cama — y señaló a su perro, — lo encontré sin conocimiento en la calle de Venezuela llamando a una Alicia, que por cierto

no parecía hacerle mucho caso, y lo traje aquí a mi casa para que se repusiera de su desvanecimiento.

Comprendió Roberto por aquellas palabras toda la nobleza del alma de aquel chiquillo, cuya cara inspiraba desde el primer momento una viva simpatía, y estrechándole conmovido sus tiernas manecitas, le dijo :

— Nunca olvidaré la hospitalidad que me has dado. Ahora quisiera pedirte un nuevo favor. ¿Podrías proporcionarme un poco de jabón para lavarme?

— ¿Jabón?... ¿Dice usted, jabón? — preguntó el muchacho. — Pues verá usted... jabón no tengo, pero no se apure que dentro de dos minutos lo tendré.

Efectivamente, gracias a la generosidad de la señora Manuela, única que en aquella casa usaba jabón, por ser lavandera, al poco rato volvió a entrar Cristián con lo que su amigo le había pedido.

Cuando éste terminó de asearse, se acercó el muchacho a él y le preguntó :

— Ahora supongo que querrá desayunar, ¿verdad?

— Sí, pero no podemos ir a ningún sitio, porque el miserable chófer me ha dejado sin un centavo — repuso Roberto.

Pero Cristián, agarrándolo por un brazo, tiró de él hacia la puerta a la vez que le decía :

— No se preocupe. El restorán donde pienso llevarlo es baratísimo.

* * *

El restorán donde Cristián llevó a Roberto no era otro que la institución dirigida por el padre Clak y Pilar, que al verlo entrar con aquel desconocido lo zarandeó cariñosamente mientras le decía :

— Ayer te presentaste con un perro y hoy con un hombre. Eres la persona más relacionada del barrio, Cristián.

El pastor, que desde lejos observaba al nuevo compañero del muchacho, llamó a Pilar, y señalándole a Roberto le dijo :

— Dale el almuerzo a ese caballero y no preguntes nada más. Acuérdate de la divina máxima que dice : « El hombre se conoce en la desgracia, y el dolor purifica y nos hace dignos de Dios ». Indudablemente, ese joven se halla bajo el peso de una gran desgracia. Sus maneras revelan que es una persona de distinguida educación.

Tan pronto como terminaron el frugal desayuno, Cristián presentándole a su amigo el venerable anciano, le dijo a la vez que se encasquetaaba la sucia gorra con que cubría sus enmarañados cabellos :

— Con su permiso me voy a trabajar, compadre. Le dejo en buena compañía. Si tiene penas, cuénteselas al padre Clak y le consolará.

La bondad reflejada en el rostro del anciano conquistó por entero la confianza de

Roberto, inclinándole a hacer un relato su cinto de sus contrariedades, y después de referirle la desgracia y el deshonor que sin culpa alguna había caído sobre su vida, terminó diciéndole :

— Es necesario que yo vuelva al lado de mis acusadores para demostrarles la injusticia de su actitud.

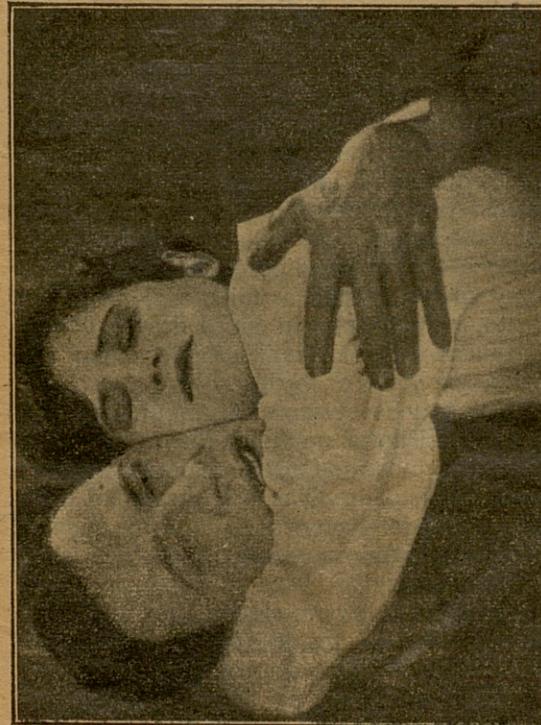
— Créame que nada conseguiría con sus palabras — le aconsejó bondadosamente el pastor. — Vuestra alma necesita reposo, y aquí, mejor que en ninguna parte, podréis encontrarlo. También este barrio pide que por él se preocupen hombres como usted. Quédese aquí y ayúdeme a iluminar las almas y las vidas de tantos desgraciados.

Mientras tanto, Pilar, para quien el amor de su novio Jaime no era incompatible con el ejercicio de la caridad, hablaba en la puerta con éste, que le decía :

— Me han regalado unos billetes para la función de esta noche en el Teatro Principal y he venido a proponerte que me acompañes.

La belleza de Pilar tenía varios admiradores en el barrio, y uno de ellos era un tal Power, uno de los muchos malhechores que ocultaban sus infamias por aquellos miserables lugares y que estaba decidido a que la joven le amase, aunque tuviera que recurrir a la violencia.

Al verla hablar con su novio no pudo contener un arrebato de celos, y acercándose a ellos exclamó dirigiéndose a Jaime :



Se arrojó Cristián a sus brazos y, a la vez que lo abrazaba con infinito cariño...

— He dicho que esta muchacha será sólo para mí; de forma que procura no volver a acercarte a ella si quieres conservar las narices — y encarándose con la asustada joven, continuó amenazándole: — Tú, acuédate de que por las buenas o por las malas estás destinada a no ser más que mía.

— Lo que no olvidaré nunca — gritó Pilar luchando por desprenderte de los brazos de aquel canalla que pretendía abrazarla — es que eres el mayor bandido del barrio.

A los gritos de ella acudieron el pastor y Roberto, y Power con su cínica desvergüenza y sin tener en cuenta las venerables canas del anciano, exclamó al verlos salir:

— Usted debe evitar que ningún hombre se acerque a Pilar si no quiere que mis amigos y yo le hagamos una visita cualquier noche.

Iba el buen padre Clak a contestar al descarado, cuando Roberto lo apartó suavemente, y encarándose con el «guapo» le intimó diciéndole:

— ¡Insultar a las mujeres y a los ancianos es de cobardes! ¡Salga de aquí en seguida!

El tono de Roberto no era de los que dejaban lugar a duda, y así debió de comprenderlo Power, que viendo que no todo el monte era orégano, como suele decirse, optó por marcharse murmurando:

— No sé quién eres ni me importa. Pero te recomiendo que no te interpongáis en mi camino.

En el alma bien templada de Roberto no hizo la menor huella la amenaza del bandido, y sin hacer más comentario sobre aquel desagradable incidente, volvió de nuevo al interior de la casa para continuar su interrumpida conversación con el padre Clak.

Pasaron tres semanas, y Alicia, convencida finalmente de que en la conducta de su prometido no había nada reprochable, sufría el cruel tormento de ignorar su paradero y el remordimiento de conciencia de haberlo acusado sin pruebas suficientes que pudieran justificar la severa actitud con que había procedido. Decidida a enmendar su error, ordenó a varias agencias secretas la investigación de su paradero, sin que hasta aquella fecha hubieran dado resultado alguno cuantas pesquisas se realizaron.

Y mientras que en el barrio donde se hallaba enclavada la benéfica institución comenzaba a notarse la influencia benéfica de Roberto, en la suntuosa residencia de la avenida neoyorquina, Juan Hamilton procuraba inútilmente consolar a su hija de la ausencia de su antiguo novio.

Roberto Plaker, que había cambiado de nombre llamándose ahora Jorge Berton y que vivía desde hacía tres meses en la residencia del pastor Clak, logró comenzar a poner en

práctica de reconstrucción urbana y regeneración espiritual de la mísera barriada, sus soñados propósitos.

En el pequeño despacho que había hecho de una de las habitaciones del párroco, contenía a viva fuerza los acelerados latidos de su corazón al leer en un diario la siguiente noticia que venía debajo de la fotografía de la persona interesada.

«La hija del millonario Juan Hamilton emprenderá próximamente un viaje a Europa, donde la bellísima Alicia permanecerá tres o cuatro años.»

En su muda contemplación en la imagen adorada no advirtió la entrada de Pilar, que después de permanecer un rato con la mirada fija en el retrato y en su amigo, exclamó :

— Una buena noticia, señor Berton. En el barrio hay decidido propósito de elegirlo concejal en las próximas elecciones. ¡Si viera cuánto me agrada que todo el mundo le alabe! Verdad es que usted merece las mayores alabanzas. En tres meses ha conseguido desterrar la miseria del barrio.

— Le agradezco sus buenos deseos, Pilar — contestó melancólicamente Roberto — pero el cargo de concejal no me sugestiona. Tendría que trasladarme a Nueva York y yo vivo aquí feliz con ustedes.

Con tan dolorosa expresión fueron pronunciadas aquellas palabras, que Pilar comprendiendo el verdadero motivo por el que su



¿No basta haberte amado tanto para que perdes mi equivocación?

amigo no quería vivir en la capital, le dijo refiriéndose a la fotografía del diario :

— Si tanto la quiere, ¿por qué no va en busca de ella? No tendría más remedio que quererle como le queremos todos.

El timbre del teléfono colocado sobre la mesa interrumpió la conversación de los dos jóvenes, y Roberto oyó que le decían :

— Señor Berton : ¿podría usted acercarse a mi despacho, calle del Patrón, 145? He de hablarle de un asunto urgente.

Dejó el aparato y salió de la estancia diciéndole a la joven :

— Voy a la calle del Patrón. Cuando venga Cristián, coman ustedes. Yo lo haré en un restorán.

También en aquella barriada se hallaba establecida una de las sucursales de la poderosa industria que regía Juan Hamilton, y ante el peligro creado por la presencia del tal Jorge Berton, que aumentaba cada día más, los secuaces de Hamilton recibieron órdenes para intimarlo a que abandonase su actitud.

Cuando Roberto se presentó en el número 145 de la calle Patrón, que era precisamente donde estaban establecidas las oficinas de la sucursal de Hamilton, el que parecía el jefe de todos aquellos miserables le aconsejó, dejando entrever en sus palabras cierta amenaza :

— Me he enterado de sus propósitos y quiero dárle un buen consejo. Márchese del barrio. Tiene amigos... pero también tiene muchos enemigos muy poderosos y podrían darle un mal rato.

— Agradezco la advertencia — repuso Roberto tranquilamente, — pero les aseguro que me tienen sin cuidado sus amenazas y que el poderoso Hamilton, a quien representáis, es tan infame como vosotros.

— Le advierto que es un buen consejo de amigo el que acabo de dárle — volvió a decir el jefe.

— Y yo vuelvo a decirle — terminó di-



¿Sabes quién es ese Jorge Berton con quien lanzas a tus cómplices?

ciendo Roberto — que se lo agradezco, pero que continuaré mi obra hasta terminarla.

También para Cristián había cambiado por completo su situación. Roberto lo había tomado bajo su protección y lo quería y educaba como a un hijo. El traje roto y sucio con que antiguamente casi cubría su cuerpo había sido substituido por uno nuevo y elegante que suscitó la envidia de sus antiguos compañeros, los cuales al verlo vestido de aquella manera no cesaban de molestarlo con sus bromas, pero ninguna tan pesada como la

de aquel día en que a tirones y puñetazos lo dejaron medio desnudo.

Cuando llegó a su casa tuvo que soportar la regañiza de Pilar y al entrar poco después en el despacho de su protector, vió sobre la mesa el periódico con la fotografía de Alicia, y su precoz imaginación adivinó en seguida que aquella joven era, indudablemente, la que su amigo llamaba con tanto afán el día que lo conoció.

Recogió el diario y lo ocultó en su cuarto, decidido a intervenir en aquel asunto en favor de su protector.

Cuando éste se presentó poco después en el dormitorio del muchacho, lo encontró boxeando con la almohada y le preguntó extrañado :

— ¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces?

— Es que me estoy entrenando para evitar que tenga usted que comprarme un traje cada día, compadrito.

— De modo que cuando yo procuro restablecer la paz y la concordia en el barrio, tú aspiras a destruir mi obra — le respondió Roberto.

El chiquillo, al ver el enfado de su amigo, sintió que las lágrimas se le agolpaban a sus ojos, y exclamó humildemente :

— No se disguste, compadrito. Prometo darle un beso a todo el que me pegue. Y si quiere que me marche...

— ¿Y serías capaz de dejarme? — le atajó

Roberto, temiendo también que fuera a hacer lo que decía. — Eres un niño desagradecido. Piensas irte, sin acordarte de lo que te quiero.

Se arrojó Cristián a sus brazos y, a la vez que lo abrazaba con infinito cariño, le dijo :

— ¡Cómo me iba a marchar, si yo también le quiero más aún de lo que deben querer a sus madres los niños que la tienen! Dígame, compadrito, si alguna vez se casa, ¿dejará de quererme?

— No habrá ocasión de comprobarlo, porque nunca me casaré — repuso Roberto, pensando en la imposibilidad de lograr a la única mujer que reinaba en su corazón. — Pero puedes estar seguro que nada ni nadie será capaz de arrancarme tu cariño.

Y cuando Cristián se quedó solo volvió a contemplar el retrato de Alicia y se durmió, meditando algo trascendental para el día siguiente.

* * *

Al día siguiente, cuando Alicia ultimaba los preparativos de su viaje, Cristián, guiado por las señas del periódico, se presentó a ella diciéndole :

— Yo no sé lo que le parecerá que venga a hablarle de mi compadrito, pero da la casualidad de que ese compadrito mío es el mejor hombre del mundo y no hace más que recordarla a usted.

Por las palabras del chiquillo comprendió Alicia quién era aquel Jorge Berton, y cuando

Roberto se presentó en su casa se encontró con Alicia, que acercándose a él le dijo en tono suplicante :

— Lo sé todo y he venido a hablar contigo.

— Es demasiado tarde para recordar el pasado — repuso fríamente su antiguo novio.

— ¿No basta haberte amado tanto para que me perdone mi equivocación? — volvió a suplicarle ella, con el alma puesta en sus palabras. Pero él, rechazándola suavemente, se separó diciéndole :

— Cuenta desde luego con mi perdón. Pero mi puesto está hoy aquí y no debo abandonarle. Además, entre nosotros se interpondrá siempre tu padre, que ahora intenta también arruinarme.

Con el corazón destrozado, al ver que ella misma había matado para siempre aquel amor, que era toda su vida, se dirigió a su casa dispuesta a recuperarlo aun a costa de los mayores sacrificios.

Entró al despacho de su padre y oyó a éste que decía, por teléfono, a sus secuaces :

— Ese Jorge Berton es un segundo Roberto Plaker. Es necesario tener cuidado con él. Si los del barrio continúan en su empeño de hacerle concejal, estamos perdidos. Desháganse de él, cueste lo que cueste.

— ¿Sabes quién es ese Jorge Berton con quien lanzas a tus cómplices? — gritó indignada Alicia, ante la actitud de su padre. —

Pues es necesario que sepas que Jorge Berton y Roberto Plaker, cuya ruina causaste, son una misma persona y desde hoy impediré que tu odio y tu ambición vuelvan a causar daño al mejor de los hombres. Si esta noche le ocurre algo a Roberto, también me ocurrirá a mí, porque me marchó a unirme a él.

La actitud de su hija alarmó sobremanera al señor Hamilton, que ordenó a su secretario :

— Llame usted inmediatamente a la calle Patrón y diga que suspendan el cumplimiento de mis órdenes.

Después de llamar varias veces el secretario, se volvió hacia su jefe y exclamó :

— No contestan. Deben haberse marchado ya del despacho.

En el benéfico establecimiento, regido por el padre Clak, se celebraba por primera vez la fiesta de Noel, y Roberto, subido en la plataforma, les decía a los padres de los muchos chiquillos que habían acudido a la simpática reunión :

— Nuestra satisfacción es inmensa al contemplar el resultado de nuestros esfuerzos. Nuestras vidas están y continuarán estando consagradas a vosotros...

Y mientras que se celebraba en la institución la fiesta de Amor y de Paz, los esbirros de Hamilton, entre los que se encontraba Power, entraron en la sala con caras de pocos amigos.

No tardó el público en darse cuenta de

las perversas intenciones de aquellos granujas, y rápidamente fueron desalojando el local, hasta quedar solos Roberto y Cristián, ayudados por un policía, que les dijo :

— Hay que darles la cara. De lo contrario, estamos perdidos.

Al verse dueños del campo, los miserables sacaron sus pistolas, y Cristián, temiendo por la vida de su amigo, en un momento de sublime abnegación, se abrazó a él, como queriendo defenderlo con su débil cuerpecito.

Sonó un disparo y la infeliz criatura cayó al suelo bañado en sangre. Esto fué suficiente para que Roberto se abalanzara con la furia de un león sobre los criminales, que al verse atacados de aquella forma retrocedieron asustados, y antes que pudieran reponerse de aquella acometida se vieron encañonados por Roberto, que les gritó desesperado :

— ¡De rodillas, bandidos! Y por si aún os escucha el cielo, pedidle que Cristián no haya muerto. Vuestras vidas responden de la suya.

Y dirigiéndose al policía le ordenó :

— Vuelva al lado de Cristián y tráigame noticias de lo que diga el médico.

Tal como lo había dicho, Alicia se había presentado hacia un momento en la habitación del pequeño, y de rodillas a su cabecera, no apartaba la vista del doctor, con el alma angustiada por la cruel incertidumbre.

También Hamilton, que había corrido detrás de su hija, apareció momentos después,



¡Vuelva al lado de Cristián y tráigame noticias de lo que diga el médico!

y Roberto, al verlo, sintió que toda su indignación estaba próxima a estallar y le dijo :

— Entre en esa habitación y recreése en el resultado de sus infames manejos.

Con la vista baja, preso de un terrible remordimiento, entró Hamilton a la habitación del herido y, al verlo, su hija le echó en cara su indigno proceder, diciéndole :

— Se conoce que también era precisa la vida de este inocente para que pudieras satisfacer tus ambiciones.

Ante el reproche de su hija, a quien a pesar de todo adoraba inconscientemente, el millo-

narió se acercó al médico y le dijo, suplicándole con el corazón traspasado de dolor, al ver el triste final a que le habían inducido sus nunca satisfechas ambiciones.

— ¡Mi fortuna por su vida, doctor!

En aquel instante terminó el médico su reconocimiento y tranquilizó a todos los presentes, diciendo :

— La vida del pequeño no corre peligro.

Poco después, Roberto acariciaba paternalmente a su pequeño amigo, y éste uniendo la mano de su protector con la de Alicia, le preguntó intencionadamente :

— Compadrito, ¿dejará que se marche a Europa la señorita Alicia? ¿Verdad que no?

Y sin necesidad de que sus labios prometieran nada, las miradas de los dos enamorados, que se encontraron en aquel instante, fué la promesa más expresiva de que, desde aquel momento, sus vidas estaban ya unidas para siempre.

FIN

200

BIBLIOTECA PERLA

TOMOS PUBLICADOS

- 1 LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
- 2 JURAMENTO OLVIDADO, por M. Kid y M. Varkon.
- 3 LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall.
- 4 AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
- 5 ¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por E. Boardman.
- 6 CON LA MEJOR INTENCIÓN, por C. Talmadge.
- 7 UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por G. Hulette.
- 8 SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
- 9 EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
- 10 LA LEY SE IMPONE, por A. Hall y M. Palmieri.
- 11 DESOLACIÓN, por George O'Brien.
- 12 SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
- 13 CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
- 14 EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
- 15 EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
- 16 ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
- 17 NINÍCHE, por Ossi Oswalda.
- 18 DESTINO..., por Isabellita Ruiz.
- 19 LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
- 20 CARNE DE MAR, por George O'Brien.
- 21 ANA MARÍA, por Henny Porten.
- 22 EL HUÉRFANO DEL CIRCO, por I. Langlais.
- 23 CORAZÓN DE ACERO, por Rod La Rocque.
- 24 EL PRIMER AÑO, por Catalina Perry.
- 25 CORAZÓN INTRÉPIDO, por George O'Brien.
- 26 LA VIDA PARA EL AMOR, por Leatrice Joy.
- 27 LA REPRESA DE LA MUERTE, por George O'Brien.
- 28 SANDY, por Harrison Ford y Madge Bellamy.
- 29 HUELGA DE ESPOSAS, por J. Logan y E. Foxe.
- 30 SIBERIA, por Alma Rubens y Edmund Lowe.
- 31 EL NECIO, por Edmund Lowe.
- 32 TRÍO FANTÁSTICO, por Lon Chaney y Mae Busch.
- 33 «SALLY» LA HIJA DEL CIRCO, por Carol Dempster.
- 34 EL TESORO DE PLATA, por G. O'Brien y E. Daigly.
- 35 LA CARAVANA DEL ORO, por A. Q. Nilson y L. Barrymore.
- 36 EL MURCIÉLAGO, por Jack Pickford.
- 37 EL SOLDADO DESCONOCIDO, por M. de la Motte.
- 38 LOS DADOS ROJOS, por Rod La Rocque.
- 39 ORGULLO DE RAZA, por Corinne Griffith.
- 40 EL GAVILÁN DE LOS MARES, por Milton Sills.
- 41 EL SUEÑO DE UN VALS, por Willy Fritsch.
- 42 TRES HOMBRES MALOS, por George O'Brien.

PRECIO DE CADA TOMO: **60 CÉNTIMOS**